

para el propio servicio del rey, consiento con condición... si es negocio ministerial, me niego.

—Es para el mejor servicio del rey; ¿cuál es tu condición?

—Que la persona amenazada no sea amiga mía.

—Es un enemigo tuyo.

—Iba á añadir, primo Malatesta, ni enemiga mía.

—Cuando sepas su nombre...

—Ya me la figuro. Mi hermana no será tuya, marqués de Malatesta. Nosotros, los Doria, no queremos á los que combaten así.

—Yo he combatido á Fulvio Coriolani con la espada—dijo Malatesta irguiéndose con altivez.

—¡Eso está bien y has sido vencido! Quizá yo tendría la misma suerte, primo Malatesta. Pero si se ataca á Fulvio Coriolani bajo mi techo, le defenderé con la espada.

III

La gruta del Endymion

Todo lo que puede criticarse á las maravillas de la opulencia italiana, es un color mitológico demasiado uniforme. El arte privado no ha podido cristianizarse á causa de su contacto con la cuna de la teogonía pagana, que fué su primer pretexto, y que le prodigó tantos materiales encantadores.

La Italia es siempre griega; no hay de romano ó cristiano más que las iglesias.

Estas mismas iglesias encierran aún muchos recuerdos de la antigüedad pagana. La mayor parte se han fabricado con mármoles arrebatados á los templos de Júpiter, de Minerva, de Neptuno; y casi todas las pilas de agua bendita son antiguas conchas consagradas que contuvieron en otros tiempos el agua lustral.

En los palacios, el Olimpo reina soberanamente,

te, y no tiene más rival que el Tenaro; Homero y Virgilio se hallan bajo la sombra de todos los bosquecillos. No se ve otra cosa que ninfas, driadas ó bacantes. Ni una imagen moderna; el cincel de los escultores sólo sabe producir dioses...

No lejos de la glorieta alumbrada por mil fuegos resplandecientes como piedras preciosas, había en mitad de la avenida una gruta, cuya abertura formada de grandes rocas arrancadas á las costas del mar, todas tapizadas de verdes musgos y de floridas enredaderas, brindaba con el fresco y la soledad.

Hallábanse allí dos tiernas jóvenes solitarias, y las dos tan bellas que un pintor se hubiese inspirado á su vista.

El contraste, ese misterioso mago, realizaba mutuamente la belleza de la una con la de la otra y añadía encantos á entrambas.

Era en efecto imposible encontrar dos figuras más bellas y diversas á la par.

Alta la una, pero de aire gracioso y noble, y de linaje y sangre generosa, sacaba su seducción exquisita de las líneas perfectas del más radiante rostro que Nápoles hubiera admirado en cien años: su sonrisa era de ángel, su mirada celestial, el ademán de reina.

La otra, pequeña y robusta, era, sin embargo, flexible como la pantera africana; nada tenía de regular, y su encanto tomaba origen en no sé qué particular osadía de líneas y contornos, en lo imprevisto y lo extraño.

El ademán de ésta era ya brusco y casi viril, ya de una morbidez tan exquisita, que con sólo verla inspiraba la más grata ilusión, y sumía el alma en repentina languidez.

Grandes ojos negros velados por largas pestañas, frente desigual coronada de abundantes cabellos, nariz burlona, cuyas alas móviles dilataba

la pasión, boca arrebatadora en la que chispeaba una alegre sonrisa, pies y manos de hada, torso flexible y fuerte: tal era la joven que acompañaba á la primera.

Parecía haber en ella algo de española.

Pero el oro bruñido del color de su cutis traspasaba los límites de España. Sólo los que en una noche tempestuosa han levantado la tela abigarrada de la tienda de los gitanos en las llanuras de la Italia del sur, habrían sabido decir á qué raza pertenecía esa deliciosa criatura.

La alta, la bella, la noble era Angélica Doria.

La otra era esa Nina á quien Loredano había llamado demonio.

Bajo el nombre de Nina aun no la conocíamos, pero tenía otros.

A bordo del *Pausilippe* se llamaba Paola y hacía las veces de señorita de compañía junto á la *condesa*.

En la avenida di-Porto vestía como las vendedoras de naranjas.

En la calle de Mantua había aparecido vestida de *ragazzo* para apagar los faroles de una pedrada en las mismas barbas de un centinela.

Y en no sé qué ocasión hemos oído llamarla Fiamma.

Mariotto, el incansable improvisador, ¿no nos dijo en la avenida di-Porto que Porporato tenía una sirvienta, una quérída, un duende, una hada que se llamaba Fiamma?

Pero ¿cómo creer que Fiamma, genio familiar del bandido Porporato, tuviese entrada en el noble palacio de los Doria-Doria?

Desde el lugar en que se hallaban las dos jóvenes no se veían las luces que afuera brillaban. Y, sin embargo, tampoco estaba obscuro, porque la claridad de los jardines, en los cuales resplandecían millares de variados fuegos, reflejaba á l

targo de las paredes, y producía una especie de media luz suave.

Esta media luz permitía ver la estatua acostada de aquel pastor de la Caria, nieto de Júpiter, que fué el amante de Diana. La gruta tenía dos salidas, de las cuales una se abría bajo la gloria por encima de la estatua. Así como la casta diosa, celosa de su felicidad, elegía las horas sombrías de la noche para visitar á su amante, del mismo modo, penetrando la luna por la salida superior, acariciaba con sus rayos de plata el Endymion de mármol dormido en el fondo de la gruta.

Angélica y Nina estaban sentadas en un banco de césped.

Las manos de Nina jugueteaban con los suaves cabellos de Angélica, cuya cabeza se apoyaba negligentemente sobre su hombro.

Nina era sobrina del anciano banquero Massimo Dolci, y ocupaba el rango de dama de honor de la princesa de Salerno, esposa del hijo segundo del rey.

—He leído—dijo Nina,—un hermoso libro; la novela de Amadís tan escarnecida por el cura del don Quijote.

—¿No tienes otra cosa que decirme, Nina?—murmuró Angélica.

—No—contestó aquella besando los cabellos de la contessina;—quiero hablaros de Amadís... pero antes de todo, bella Oriana, ¿habéis hecho todo lo que os había recomendado?

—Sí—respondió en voz baja Angélica.

—¿Habéis lanzado bajo las ruedas del carruaje del poderoso Lisvardo el bastón...?

—No te comprendo, Nina—interrumpió Angélica.

—Es porque no habéis leído á Amadís de Gaula, mi adorable princesa... Lisvardo era un rey de la Gran Bretaña magnánimo y sin defectos

Como por ejemplo, vuestro augusto hermano Loredano Doria...

—¿Quieres burlarte de mi hermano, Nina?

—Dios me libre, Alteza... Este Lisvardo tenía una hija que era la octava maravilla del mundo, la bella Oriana, á la cual os parecéis como una gota de agua á otra... Este Lisvardo, sin defectos, no quería que Oriana se casase con el terrible Amadís, del cual nuestro hermoso Fulvio es el vivo retrato; pero la princesa Mabila, á quien me parezco un poco...

—¡Por Dios, Nina! habla formalmente—exclamó la joven condesa.

Nina le tomó las dos manos y llevándolas á sus labios le dijo de repente:

—Me amas la mitad de lo que yo, niña orgullosa.

Y como Angélica la mirase con sorpresa, replicó:

—¡Oye! te hablo de esa novela porque he encontrado en ella mi retrato... Pero ya no se trata de esto, sino de que me respondas si me amas y si le amas.

—¿No sabes acaso que eres mi mejor amiga, Nina?—replicó Angélica.

—¡No basta!—dijo la atrevida joven que tomó un aire de mayor abandono, mientras sus ojos negros como el azabache parecían pensativos.— ¡No basta! Pero hablemos sólo de él; ¿cómo le amas?

Angélica, con las mejillas encendidas, puso la mano de su compañera sobre su corazón.

—Cuando yo amaba—murmuró Nina—mi corazón latía de otra manera.

Y se calló pensativa y triste.

—Tengo un secreto que confiarte—dijo Angélica.

Nina saltó más ligera que la Taglioni ó la Ells-

ler, y se arrodilló ante la Doria, apoyando la cabeza sobre sus rodillas.

—¡Secretos!—dijo ella;—¡ah! yo sé muchos secretos. Pero luego me lo dirás, bella condesa. ¿Qué ha dicho el rey Lisvardo cuando le has hablado de la calle de Mantua y de la piazzetta Grande?

—Loredano se ha puesto pálido.

—¡Pobre rey Lisvardo! si fuese siquiera tan prudente como hermoso, bravo y generoso... Pero el horizonte se oscurece á nuestro alrededor, Angélica. Y si la sabia hada Urganda quiere protegernos, es necesario que se dé prisa.

—¿Cuándo querrás explicarte claramente?—murmuró la joven condesa con un movimiento de impaciencia.

—Perfecta Oriana—repuso Nina,—¿por qué no os habéis dignado leer el más hermoso de todos los libros de caballería? Hay en él un monstruo escamoso cuyo aliento huele á cementerio, llamado Endriaco, que me recuerda al venerable agonizante Johann Spurzeim, de quien vuestro hermano escucha ahora las predicciones. Amadís estranguló al monstruo Endriaco, pero no sin trabajo.

—¡En nombre del cielo!—empezó Angélica.

Nina se levantó con un movimiento brusco y le pasó sus dos brazos en torno del cuello.

Luego empezó á mecer suavemente la cabeza de Angélica, como si hubiese mecido un niño, y cantaba con voz dulce y suave, como ese registro de los órganos que llaman celestial, el canto de las madres sicilianas:

Duerme, del corazón pequeña flor,
Perfume del jardín de nuestro amor!
Retrato del padre,
Gozo de la madre,
Angel sin alas que formó el Señor.
Si Dios alas te hubiese concedido
Ya á los cielos te hubieras dirigido
Duerme, hija querida,

Tu vida es mi vida,
 Cuando tú ries, yo mi llanto olvido.
 Pareces sonreír al claro cielo
 En este triste y tenebroso suelo
 Gozo de la madre,
 Retrato del padre,
 Tú sólo á mi pesar brindas consuelo.
 El está ausente de la suerte en pos,
 El a llora la pena de los dos.
 Duerme, hija querida,
 Tu vida es mi vida,
 Sueña su unión y unirános Dios!

Su voz fué extinguiéndose paulatinamente.

Luego se sentó en el mismo lugar que ocupaba antes. Su fisonomía tomó cierto aire de seriedad.

—Yo soy su hermana—dijo Nina;—es la mitad de mí misma... Cuando éramos niños, él luchó un día para defenderme de un perro salvaje del Apenino. El perro le derribó bajo sus patas. Yo cogí un cuchillo que le había caído y le hundi entero en el cuello del animal, cuyo aliento me quemaba.

El perro arrojó espuma de sangre por la boca y rodó hasta el fondo del precipicio.

Nuestros corazones se despertaron al mismo tiempo.

Condesa, vos sois más bella que yo, pero yo le amaba más que vos.

¡Ahora ya no tiene necesidad de mí para ser feliz; que sea feliz sin mí!

—¿Le amas todavía, Nina?—preguntó Angélica bajando los ojos.

Nina prorrumpió en una carcajada.

—Yo tenía orgullo—repuso jovialmente;—yo me creía la única de mi especie... Pero, bella Oriana, no hay nada nuevo bajo el sol... Heme ya vieja como el mundo... Mi retrato está en un librote polvoriento. D. Quijote, el cura y el ama de gobierno, hace trescientos años que me conocen.

De repente se interrumpió para tomar el ademán propio del que va á contar un cuento.

—Amadís—prosiguió Nina,—hijo de Perión, rey,

de las Gaulas, y Oriana, hija de Lisvardó, rey de la Gran Bretaña, tuvieron un hijo á quien la sabia Urganda llamó Esplandián, porque resplandecía como el sol. Este Esplandián héroe desde la infancia, conquistó con su espada la isla prohibida, y condenó á muerte á la impura familia del encantador Arcalao... No bosteces, condesa, que pronto voy á describir mi vivo retrato.

—Llamábase Carmela. Era bella, pero no como vosotras, dichosas y perfectas criaturas, sino bella como el tigre de la India, graciosa y salvaje; ó como la magnífica serpiente de oro de las islas de la Australia que, arrollada en el suelo entre las pálidas flores de los pantanos, fascina las manadas de caimanes.

Tenía dieciséis años. Ella vió por la primera vez á Esplandián dormido en la celda de una ermita, y como se había unido al linaje de Arcalao, tomó de la cabecera de la cama la espada de la isla prohibida para traspasarle el corazón.

Esplandián, que soñaba, extendió sus brazos blancos y torneados como brazos de mujer. En su sueño sonrió dulcemente. Carmela dejó caer la espada encantada cuyo solo contacto causaba la muerte; cayó de rodillas, y sus labios á pesar suyo buscaron los labios de Esplandián.

El hijo de Amadís no soñaba por cierto con Carmela. Un nombre salió de sus labios, pero no era este.

Esplandián soñaba con Leonora, la bella entre las bellas, hija del emperador de los griegos.

Carmela esperó á que despertase. Cuando abrió al fin los ojos, ella le rogó, por su honor de caballero, que concediese un don á una doncella infortunada.

Los caballeros no podían negarse á tal demanda: Esplandián concedió el don.

«—No te pido tu amor—le dijo Carmela con lá-

grimas en los ojos,—pues sé que le tienes puesto en otra; déjame solamente servirte y amarte.»

El joven héroe no podía retractarse. Carmela le siguió y le amó.

¿No has comprendido, Angélica, que hay almas que prefieren el martirio á la ausencia? ¿que hay enfermos que no quieren curar?

¿Lo comprendes? Los médicos del corazón les dicen: «—¡Olvidad!»

Estas almas no quieren olvidar.

A costa de mil torturas desean amar, amar siempre. Su suplicio les es amable. ¿Comprendes tú esto?

—No—respondió Angélica, que escuchaba ahora con ávida atención;—yo, yo huiría. Pero hace un momento, Nina, que iba á decirte cosas que quizá tú tampoco comprenderás.

—Yo lo comprendo todo—dijo Nina, cuya sonrisa traviesa y audaz brillaba ya no obstante su melancolía.—Carmela siguió á su Esplandián; Carmela le amó, y puede decirse que vivió y murió de este amor.

Esto es hermoso, ¿oís, condesa? esto es grande, esto es heroico. Vuestra poesía italiana no tiene nada que se le parezca, ya lo sé. ¡Pero si Dante hubiese encontrado esta idea, la hubiera hecho sublime!

Hay mujeres así, en quienes el amor es un culto, una religión.

Aman por amar, aman tanto, cuanto su pasión purificada se eleva sobre el infierno humano. Los mismos celos se extinguen en sus corazones acrisolados.

Las mujeres de quienes hablo pueden amar y servir á su rival; amarla bien y servirla fielmente.

Callóse. Un ligero suspiro levantó su hermoso seno. Luego estrechó á Angélica contra su pecho y estuvo besando largo tiempo sus cabellos.

De repente Angélica se levantó, porque había sentido caer una lágrima sobre su frente. Nina lloraba.

—¿Luego eres muy desgraciada?—murmuró la joven condesa.

—No—replicó Nina,—porque le veo todos los días.

Y se detuvo. Estas dos encantadoras criaturas, tan diferentemente bellas, tenían ambas los ojos bajos.

Nina, carácter inexplicable por sus repentinas rarezas, parecía arrepentirse de haber pronunciado las anteriores palabras. No levantaba sus ojos hacia Angélica, porque temía haberla ofendido.

Era buena y amaba verdaderamente á la joven condesa.

Esta estaba pensativa; su pensamiento vagaba muy lejos de la conversación actual.

—¡Ya sé en qué piensas!—le dijo Nina en voz baja.

—Es verdad—contestó Angélica estremeciéndose.

—Piensas en los bosquecillos del palacio Pamfili de Palermo. Angélica no respondió.

Sus párpados temblaron. Nina creyó que iba á llorar.

—¡Oh! ¡tú le amas! ¡tú le amas!—exclamó con pasión;—me parece que daría toda mi sangre por tí. Angélica se puso triste.

—Hay momentos—murmuró,—en que quisiera que te amase.

Y luego, como si le hubiese sido imposible retardar más el abordar un nuevo asunto, añadió:

—Respóndeme, Nina; bastante tiempo me has tratado como á una niña... ¿Por qué mi hermano se ha estremecido cuando le he hablado de la calle de Mantua?

—¡Curiosa!—repuso Nina,—¿no era en Fluvio en quien pensabas ahora?

—No sé...

—El conde Loredano se ha estremecido al hablarle de la calle de Mantua, porque el amor verdadero, el amor ardiente, ese amor que no había sentido aún en su vida, ha encontrado hace algunos días el lado flaco de la coraza...

—¿Una intriga?—murmuró Angélica sonriendo.

—Todo un destino—dijo Nina lentamente.

—¿Conoces á la joven?

—Quizá sí, quizá no. Tú has debido verla. Tal vez la has olvidado.

—¿Su nombre?

—No le tiene.

La bella Doria hizo una mueca de desprecio.

—Mañana—continuó Nina,—quizá le tendrá más grande que el tuyo.

—¡Oh! ¡oh!—dijo Angélica, que raras veces se chanceaba,—hace tres días que no habíais tomado vuestro tono sibilino.

—Y no le guardaré mucho tiempo, condesa. Bás-teos saber que vuestro hermano Loredano, el hombre que halla desigual el matrimonio de su hermana con Fluvio Coriolani, está enamorado de una pobre niña que ocupa, también con su hermano, un reducido aposento de la grande casa de los Folquieri. Enamorado loco, enamorado respetuoso, rondando como Almagro bajo las ventanas de su Rosina (que están ¡ay! en un quinto piso), no atreviéndose á escribirle, no atreviéndose á presentarse ni hablar... Más breve, enamorado como un tierno y tímido paje

—¿Es hermosa?—preguntó Angélica.

—No hay mujer tan bella como tú, condesa; pero esta joven es bella de otra manera, admirablemente bella. Si yo amase, le tendría miedo.

—¿Y no tendrías miedo de mí?—preguntó Angélica sonriendo. Nina estaba seria.

—Escucha—dijo bajando inadvertidamente la

voz;—lo que nuestro Fluvio no sabe de sí mismo, yo lo sé. Veo en su corazón mejor que él. Hace mucho tiempo que siento todo lo que él siente y que su pensamiento irradia de él á mí como si no fuese más que el reflejo de su vida. No tengo miedo de aquella joven por mí que vivo sin esperanza; lo tengo por ti.

Angélica guardó un instante de silencio; luego repitió con acento triste y doliente las mismas palabras que había pronunciado delante de su hermano.

—Entonces moriré, porque sólo él puede salvarme.

La sorpresa de Nina fué igual á la de Loredano.

Entonces preguntó como él había interrogado.

—¿Salvarte de qué?

Antes que la Doria tuviese tiempo de responder, reflejóse en la pared de la gruta una sombra alta y corpulenta.

Luego se presentó un hombre vestido de negro, cubierto el rostro con una máscara.

Caminaba con precaución.

Nina tenía su mano sobre la boca de su compañera.

El recién llegado trató de ver lo que había en el fondo de la gruta, pero se hallaba él en medio y la obscuridad le engañó; sus ojos no pudieron distinguir á las dos jóvenes.

Detúvose á unos veinte pasos de ellas, hacia el lugar en que el recodo del camino subterráneo permitía aún ver el jardín, al propio tiempo que ocultaba al que se había apostado allí de centinela.

Quitóse la máscara para respirar mejor y á su vista se ahogó un grito en la garganta de Nina.